

MARIA GUERRERO

«La plaza de Berkeley»,

De Balderston, adaptada por José López Rubio

En un tiempo —1926—, el hombre estaba tan desocupado y tan feliz, que se interesaba por las especulaciones puras acerca del concepto del tiempo. De esas especulaciones puras salieron aplicaciones prácticas: comedias amenas, divertidas o misteriosas, entre las cuales está «La plaza de Berkeley», de Balderston. Si entonces el tiempo era una posibilidad de evasión, un misterio, una vaguedad, en el teatro moderno —y no sólo en el teatro existencialista— el tiempo es una cárcel, una muralla concreta, sólida, que se va estrechando poco a poco sobre el individuo. Por desahogo del drama existencialista, la comedia dramática de Balderston, estrenada ahora en el teatro María Guerrero, tiene un interés excepcional y conmueve y apasiona y divierte. Y sin necesidad de ningún contraste y de ningún emplazamiento en época determinada, considerada aisladamente, «La plaza de Berkeley» es una gran comedia, donde se juegan todos los elementos capaces de impresionar al espectador: el humor, la sorpresa, el compartir un secreto con uno de los personajes mientras los demás no saben el juego; el sentimentalismo, el romanticismo de la pareja amorosa que se separa hasta la eternidad; el misterio profundo del tiempo traspasado —la evasión de lo que para los hombres de hoy es una cárcel—. Todo esto avalora «La plaza de Berkeley» en esta presentación actual y la interpretación. La extraordinaria interpretación de Enrique Diosdado, que ha conseguido lo inverosímil: dar la sensación de misterio, de situación sobrehumana, dentro de un absoluto realismo, de una entrega total a la entereza, a la personalidad del individuo que representa. Enrique Diosdado pertenece a la difícil clase de los actores intelectuales. No desmerece junto a él el joven y gran actor José María Rodero, que en un momento inteligentemente compuso el tipo de un

«dandy» inglés de la época de la reina Ana, sin que tras la afectación natural del personaje existiera la afectación del actor, sino su sencillez. Y la voz robusta, y la sinceridad convincente de Adolfo Marsillach. Los papeles femeninos tuvieron más oficio que arte, pero el mismo oficio estuvo expuesto en un grado difícil de conseguir; y así, María del Carmen Díaz de Mendoza, Blanca de Silos, Mercedes Albert, Carmen Seco y Amelia de la Torre cumplieron admirablemente sus papeles. En intervenciones menores estuvieron igualmente acertados Gaspar Campos, Miguel Ángel, Pepita Velázquez, Gabriel Miranda y, en fin, todos los actores de esta estupenda compañía. Señalemos un elogio para la traducción de José López Rubio, que ha aplicado toda su sensibilidad de excelente autor a la versión castellana —tan difícil— de esta obra. Y a los decorados de Luis Santamaría y a los extraordinarios figurines de Carlos Viudes.

Los directores, Luis Escobar y Huberto Pérez de la Ossa, fueron reclamados por el público para tributarles su aplauso. Vemos en este aplauso no sólo el reconocimiento por el montaje y la dirección de la obra, sino también el elogio a una larga y bien realizada labor teatral. La personalidad de Luis Escobar —siempre acompañada por Huberto Pérez de la Ossa— merece en este momento un gran elogio. A lo largo de los años, ha realizado en el Teatro Nacional uno de los más importantes esfuerzos por la revaloración de la escena española, y lo ha conseguido; deseamos muy sinceramente que continúe mucho tiempo ocupando un cargo para el que ha demostrado condiciones excepcionales. Y esperamos que así sea nosotros, y los espectadores que aplaudieron en el teatro María Guerrero al final del nuevo éxito.

E. H. T.